

Guillermo García Gamaza, violoncello
Silvia Carrera Hondal, piano

I

EDWARD W. ELGAR (1857-1934)

Concierto para violonchelo en mi menor, Op.85

I. Adagio-moderato
II. Lento-allegro molto
III. Adagio

IV. Allegro-moderato-allegro ma non troppo-poco più lento-adagio

II

ASTOR PIAZZOLLA (1921-1992)

Le grand tango

MANUEL DE FALLA (1876-1946)

Suite popular española
El paño moruno
Nana
Jota

MIGUEL ÁNGEL SAMPERIO (1937-2000)

Canción Vasca

12 de noviembre de 2012. 20.30 horas

Guillermo García Gamaza

Nacido en Santander en 1991, comienza su educación musical a la temprana edad de cinco años. Sus primeros contactos con el instrumento contaron con la guía del violonchelista Mihail Besedovschi para, en breve, acceder al conservatorio Jesús de Monasterio de Santander, donde realiza los grados elemental y profesional con la profesora Marina Kolesnikova. Durante este periodo, ha completado su formación en numerosos cursos de interpretación y técnica dirigidos por el maestro Vigen Sarkissov.

En 2009 se traslada a Oviedo e ingresa en el Conservatorio Superior del Principado de Asturias donde actualmente cursa el último año de grado superior bajo la tutela de la profesora Amada Andérez.

Participa habitualmente en numerosos cursos de perfeccionamiento y master classes con agrupaciones como el Cuarteto Quiroga y el Cuarteto Le Musiche y maestros como Asier Polo, Iagoba Fanlo, Emil Rovner, Damián Martínez, Ulrike Hofmann y, muy especialmente, María Casado, con quien desarrolla un importante trabajo musical y técnico.

Ha formado parte de jóvenes orquestas como la Joven Orquesta de Euskadi o la Joven Orquesta Sinfónica de Soria con las que ha ofrecido conciertos en importantes auditorios como el Palacio Euskalduna, el Auditorio Kursal o el Teatro Principal de Vitoria, participado, además, en giras por el País Vasco, Castilla-León, La Rioja y Escocia.

En el campo de la música de cámara ha obtenido en dos ocasiones el primer premio en el certamen Consmupa-Fundación Caja Rural, ediciones de 2011 y 2012. Asimismo, durante el presente curso representará a la comunidad de Asturias en el certamen nacional de interpretación Intercentros Melómano en la categoría de Grado Superior.

Ha obtenido en varias ocasiones becas de la Fundación Botín de Santander.

Silvia Carrera Hondal

Natural de Asturias, se licencia en la especialidad de Piano Solista en el Conservatorio Superior de Música del Principado de Asturias con Matrícula de Honor y Premio Fin de Carrera Ángel Muñiz Toca bajo la dirección de Teresa Pérez. Posteriormente amplía su formación con un postgrado de Experto Universitario en Análisis e Interpretación Musical en la Universidad de Oviedo con el maestro Josep Colom.

Ha sido galardonada en varios concursos nacionales y becada por la Fundación Marcelino Botín para realizar sus Estudios Superiores y para su perfeccionamiento pianístico.

Entre sus maestros figuran R. Sherman, M. Zabaleta, C. Martínez Menher, G. Díaz Jerez, A. Kandelaky, Guillermo González, J. F. Osorio, Fco. Jaime Pantín, E. Nebolsin, Ervin Nagy, K. Moretti, A. Spiri, Patrín G. Barredo y A. Sukarlan.

Ha ofrecido recitales como solista y con diferentes grupos de cámara en numerosos auditorios de la geografía española, obteniendo gran éxito de público y crítica. Ha actuado como solista junto a diferentes orquestas, como la Joven Orquesta Sinfónica del Principado de Asturias, de la que ha sido becaria, o las orquestas Sinfónica y de Cámara del CONSMUPA. Así mismo, ha sido maestra repetidora de varias formaciones corales, entre ellas el Coro Lírico de Cantabria, y ha sido miembro del Trío Ataúlfo Argenta, grupo de cámara titular de la Real Sociedad Menéndez Pelayo.

Actualmente es profesora especialista de Repertorio con pianista acompañante en el Conservatorio Superior de Música del Principado de Asturias, tarea que compagina con su intensa actividad concertística.



PRÓXIMO CONCIERTO

Cuarteto con piano. Elena Rey, violín • Anna Aldomà, viola
Marc Galobardes, violonchelo • Jordi Masó, piano
19 de noviembre de 2012

Guillermo García Gamaza, violoncello
Silvia Carrera Hondal, piano

12 DE NOVIEMBRE DE 2012. 20.30 HORAS





Notas al programa

No es infrecuente que en las salas de concierto de todo el mundo se programe música escrita para el violonchelo y el piano, sobre todo las páginas que para dicha pareja instrumental escribieron autores como Mendelssohn, Chopin, Schumann, Schubert y especialmente Brahms y Beethoven. Sin embargo el concierto de esta tarde tiene bastante de singular, pues presenta música para ambos instrumentos poco usual, lo que es sin duda de agradecer en un repertorio que se repite y se repite con mucho de rutinario.

Da comienzo el programa con la transcripción del *Concierto para violonchelo en mi menor, Op. 85* del compositor de las célebres *Variaciones Enigma*, es decir, el británico Edward Elgar (1857-1934), para muchos críticos el compositor inglés más importante de la historia desde Henry Purcell y quien terminó de una vez por todas con la fama de la Inglaterra decimonónica de ser un país sin música verdadera. A Elgar puede considerársele el paradigma del humilde hombre victoriano que desde unos modestos comienzos como profesor de piano y violín y de actuaciones con orquestas locales, llegó a ser un músico de fama internacional gracias a sus *Variaciones Enigma op. 36*, un orquestador deslumbrante (casi a la altura de Richard Strauss), y alguien que recibió los máximos honores de la sociedad en la que vivió (fue nombrado caballero y miembro de la Orden del Mérito). El *Concierto para violonchelo* fue compuesto en un momento determinante

de la historia europea, el verano de 1919, en la casa de Sussex desde la que Elgar había escuchado, a través del Canal de la Mancha, el estruendo de la artillería en los combates de la Primera Guerra Mundial. Un año antes, el músico de 61 años se había sometido en Londres a una operación para quitarse una amígdala infectada. Al recuperarse tras la anestesia, Elgar pidió papel y lápiz y escribió la melodía que luego se transformó en el tema del primer movimiento del futuro concierto. La primera interpretación de la partitura tuvo lugar el 27 de octubre de 1919 inaugurando la temporada de la Orquesta Sinfónica de Londres. El estreno fue un completo fracaso debido, al parecer, a los pocos ensayos que Elgar pudo dirigir con la orquesta. La razón principal fue el que el resto del concierto fue dirigido por Albert Coates, quien acaparó prácticamente todas las horas de ensayo para trabajar su parte. El propio Elgar reconoció tiempo más tarde que si no se retiró de aquel concierto fue gracias al entusiasmo y trabajo del primer intérprete solista de la partitura, Felix Salmond. Este mal estreno sin duda influyó en que la obra no volviese a ser interpretada en Londres al menos hasta un año después, lo que contrasta con lo sucedido con la *Primera sinfonía* del músico, que en todo el mundo se interpretó más de cien veces durante los doce primeros meses que siguieron a su estreno. La obra vivió una especie de letargo que se prolongó durante más de cuatro décadas, justo hasta que la joven y malograda violonchelista Jacqueline

du Pré (mujer por aquel entonces de Daniel Barenboim), grabó la pieza en un disco que se convirtió en uno de los más vendidos de la historia de la música clásica. A este respecto no estará de más señalar que el propio Elgar registró su obra en dos ocasiones, siempre con la misma solista, Beatrice Harrison, en 1928 y 1932. La transcripción para dos instrumentos de esta elocuente partitura, columna vertebral del concierto de esta tarde, permite sin duda percibir el estilo Elgar, o lo que es lo mismo, lo que alguna vez se ha denominado “el enternecedor estilo ocaso del imperio”. La pieza está estructurada en cuatro movimientos, siendo el tercero de ellos, Adagio, el que llega quizá más directo al corazón de los oyentes y el que viene a representar una síntesis de las aspiraciones artísticas de su autor. Astor Piazzolla (Mar del Plata, 1921- Buenos Aire, 1992) conoció a Carlos Gardel en la isla de Manhattan en el año 1934. El niño le llevó al compositor y cantante un regalo de parte de su padre y entablaron una estupenda relación en la que el futuro músico le sirvió de intérprete a la estrella. Tan buena fue la conexión que al año siguiente Gardel invitó a Piazzolla a participar en el papel de vendedor de periódicos en la película *El día que me quieras*, y poco más tarde le propuso unirse en una gira por América. El padre de Piazzolla se opuso dada la juventud del chaval, lo que acabó resultando providencial, pues fue en esa gira en la que Gardel y sus compañeros perdieron la vida en accidente aéreo. En 1978 Piazzolla le

escribió una carta imposible a Gardel, y en ella decía así: “Jamás olvidaré la noche que ofreciste un asado al terminar la filmación de El día que me quieras. Fue en honor de los argentinos y uruguayos que vivían en Nueva York. Recuerdo que Alberto Castellano debía tocar el piano y yo el bandoneón, por supuesto para acompañarte a vos cantando. Tuve la loca suerte de que el piano era tan malo que tuve que tocar yo solo y vos cantaste los temas del filme. ¡Qué noche, Charlie! Allí fue mi bautismo con el tango. Primer tango de mi vida y ¡acompañando a Gardel! Jamás lo olvidaré. Al poco tiempo te fuiste con Lepera y tus guitarristas a Hollywood. ¿Te acordás que me mandaste dos telegramas para que me uniera a ustedes con mi bandoneón? Era la primavera del 35 y yo cumplía 14 años. Los viejos no me dieron permiso y el sindicato tampoco. Charlie, ¡me salvé! En vez de tocar el bandoneón estaría tocando el arpa”. Probablemente el origen indirecto y profundo de *Le grand tango* esté en ese primer contacto con el tango que experimentó Piazzolla gracias al legendario Carlos Gardel. Ni el más imaginativo de los cuentistas argentinos pudo imaginar una historia así: Gardel y Piazzolla unidos por la música de tango en una noche neoyorquina de los años treinta del siglo pasado. ¡Qué materia verídica para un hermosísimo relato! Pero la carrera de Piazzolla fue creciendo y desarrollándose a golpe de encuentros clave. Tras Gardel y su encuentro con el tango, y ya en la década de los 1950, Piazzolla escribe piezas como *La epopeya*

argentina, Rapsodia porteña, Sinfonietta y Buenos Aires (tres movimientos sinfónicos). Con esta última obra gana el premio Fabien Sevitzky, y el gobierno francés le otorga una beca para estudiar en París con otro mito de la música del siglo XX, Nadia Boulanger. Estamos en 1953. Buena parte de la crítica juzga como trascendental el encuentro con Boulanger para el músico argentino, ya que hasta tomar clases con ella Piazzolla dudaba entre escribir tangos o música de la llamada “clásica”. La maestra le animó a seguir con el tango, pero también con la música clásica. En definitiva, le animó a seguir trabajando en los dos caminos. Pasados los años Piazzolla dijo de Nadia Boulanger: “Ella me enseñó a creer en Astor Piazzolla, en que mi música no era tan mala como yo creía. Yo pensaba que era una basura porque tocaba tangos en un cabaret, y resulta que yo tenía una cosa que se llama estilo”. También en París Piazzolla le tomó el pulso a otro descubrimiento esencial en su carrera musical: escuchó el octeto del saxofonista Gerry Mulligan. El argentino quedó fascinado por el arte de la improvisación de los músicos de Mulligan y por su forma de tocar absolutamente distendida. A partir de dicho encuentro se produjo una estrecha relación de Piazzolla con el jazz; relación que presenta hitos como los que siguen. En 1974, Gerry Mulligan solicitó a Piazzolla trabajar en conjunto, y fruto del trabajo fue el disco *Summit*, es decir, Mulligan tocando a Piazzolla. En 1986, grabó con Gary Burton en el Festival de Montreux la *Suite for Vibraphone and*

New Tango Quintet, despertando la admiración de grandes solistas de jazz como Pat Metheny, Keith Jarrett o Chick Corea, quienes le encargaron obras para ellos. Bien, ya tenemos tres de las patas sobre las que se sostiene la música de Piazzolla: tango, jazz y el rigor estructural de la composición clásica. Algunos de estos rasgos pueden rastrearse en *Le grand tango*, obra original para chelo y piano que al parecer fue un encargo del genial chelista Mstislav Rostropóvich, quien la estrenó en Nueva Orleans en 1990. Tras escuchar la pieza de Piazzolla pasamos a la adaptación para piano y violonchelo de tres (“El paño moruno”, “Nana”, “Jota”) de las seis piezas que integran la *Suite popular española* de Manuel de Falla (Cádiz, 1876-Argentina, 1946), obra que generalmente se interpreta por instrumentistas de violín y piano, y que a su vez es un arreglo de sólo seis de las siete piezas (“El paño moruno”, “Asturiana”, “Jota”, “Nana”, “Canción” y “Polo”) que conforman las *Siete canciones populares españolas* (las seis anteriores más “Seguidilla murciana”, todas con textos anónimos de tradición popular), obra dedicada a Ida Godebska que fue estrenada en el Ateneo de Madrid el 14 de enero de 1915 con el propio Falla al piano y Luisa Vela poniendo la voz. Estas páginas fueron concebidas bajo la influencia de Pedrell, quien defendía que las bases de la música de un país debían provenir de su propio folclore, Falla desarrolló un estilo abiertamente nacionalista que marcó muchas de sus composiciones. Así todo, el músico

gaditano no utilizó las canciones folclóricas españolas de manera directa, sino que incorporó su espíritu, incorporando en la materia musical elementos sobre todo de raíz impresionista y de vanguardia como influencia directa de autores como Claude Debussy, Maurice Ravel o Stravinsky, a quienes conoció personalmente en París. Miguel Ángel Samperio (Santander, 1936-2000) comenzó sus estudios musicales junto a su padre violinista, para continuarlos en el Conservatorio de Santander con profesores como Ramón Sáez de Adana. Más tarde obtuvo en 1952 el título de profesor de piano en el Real Conservatorio Superior de Música de Madrid, donde recibió clases, entre otros, de Victorino Echevarría, Julio Gómez, Antonio Lucas Moreno y sobre todo Francisco Calés. A mediados de la década de 1960 ingresó en el Real Conservatorio Superior de Música de la capital de España como profesor ayudante de las cátedras de Francisco Calés (contrapunto y fuga) y de Arias (armonía). En 1966, al igual que hemos visto le sucedió a Astor Piazzolla, obtuvo una beca del gobierno francés para estudiar en París con la legendaria profesora Nadia Boulanger. En 1969 consiguió la cátedra de música en la Escuela Universitaria de Profesorado de Santander, para después diplomarse como psicólogo clínico y fundar la Asociación Española de Musicoterapia. En 1979 fue nombrado presidente de la sección de música del Ateneo de Santander y poco después comenzó a dirigir y organizar las actividades

musicales de la Fundación Botín y del Aula de Música de la Universidad de Cantabria, convirtiéndose así en uno de los personajes clave en el desarrollo de la afición musical en la Cantabria de finales del siglo XX. Miguel Ángel Samperio estrenó obras en el Festival Internacional de Santander, la Asociación de Compositores Sinfónicos Españoles o el Centro para la Difusión de la Música Contemporánea. Escribió música incidental, música para orquesta, para voz y conjunto instrumental, para voz y piano, para voz y orquesta (el *Himno de la Comunidad de Cantabria* sobre la melodía de Guerrero Urresti), música para instrumento solista y orquesta (*Concierto para violín*), música para coro, para coro y órgano, para piano y, sobre todo, música para conjunto instrumental o música de cámara. Dentro de este tipo de obras mostró predilección por el sonido del violonchelo, voz que incluyó en su *Trío* (1985), en *Ofertorio* (1987), en *Track seis* (1991), en su *Cuarteto* de 1993, y al que dedicó especial atención en su *Sonata para violonchelo y piano* de 1966 y en su *Canción vasca* (1982), pieza con cuya audición se cerrará el programa de esta tarde.

Juan Antonio González Fuentes